

Editorial

Esta revista se ocupa de construir objetos con las herramientas que proporcionan las tradiciones de las llamadas ciencias sociales que dan cuenta de las formas múltiples y multicolores de la determinación de la acción social. Los objetos no son temas, sino construcciones analíticas que actualizan dichas herramientas intentando decir algo sobre distintos aspectos de las relaciones sociales. La organización de cada número de la revista tiene que ver con preocupaciones políticas, en tanto sostenemos firmemente que las ciencias sociales intervienen, desde su espacio autónomo, en las luchas por la imposición de visiones del mundo. Este reconocimiento implica una tensión con las agendas convencionales del mundo académico, lo cual quiere decir que estando en ese mundo y reconociéndonos en sus tradiciones, creemos importante pelear contra las tendencias a la rutinización presentes también en esta como en cualquiera otra actividad. La preocupación por la cosa pública que ha generado la mejor sociología de América Latina es la manera de tensionar la agenda y de politizar la academia. Si esto no sirve para reflexionar seriamente sobre la propia sociedad, podrá delinear algunas buenas carreras profesionales, pero no tendrá el significado político que puede convertirla en una apuesta capaz de apasionar.

Las décadas pasadas tuvieron poco, en términos generales, de implicación apasionada. Quizás en algunos casos pudo serlo el intento de pensar desde una sociología política la cuestión democrática, pero inmediatamente se convirtió en producción de consejeros políticos sentados sobre bibliografía sofisticada que ostentaban algunos de sus conceptos actuando una perspectiva cultural conservadora y fetichista. El mundo tecnocrático de las ciencias sociales que fue la mano de obra técnica e intelectual de las transformaciones neoliberales, nunca pudo generar verdaderas implicaciones vocacionales. El mundo académico, agujereados los objetivos trascendentes, dejó abiertas pocas posibilidades que no fueran las del puro carrerismo.

Es cierto que puede no ser este el mejor de los mundos, pero es el que nos toca recorrer. Y en ese caminar, el pequeño intento de producir alguna diferencia, quizá valga la pena. En la historia de este mundo rutinizado y carrerista están indudablemente y con distintas presencias, las grandes tradiciones de la teoría social. Y es por eso que hay productos vitales, problematizadores, pero que no logran potencialidad político-cultural porque circulan por vías burocráticas aislados entre sí. El hecho mismo de juntar esos productos implica una significación cultural y política que hace a esa diferencia. Ese es el intento de esta revista.

¿Qué red se utiliza para juntar esos materiales dispersos porque pertenecen a distintas corporaciones disciplinarias, diferentes mundos de especialización profesional o a acotadas tramas de financiación norte-sur encerradas en sí mismas? Ante todo, una que reivindica la investigación alumbrada por preguntas inscriptas en las grandes tradiciones teóricas y que se valen de diversos recursos metodológicos y técnicos y que se aleja tanto del teoricismo abstracto, como del empirismo gris y chato. Y a esa gran red se la acota temáticamente haciéndola correr por diferentes espacios a veces incomunicados. Darle sentido a esa acotación temática es toda una definición política y cultural y es la tarea más política de nuestra revista. ¿Cómo “rellenamos” ese espacio que se puede abrir, sino indefinidamente, en una amplitud y heterogeneidad confusa? El ejercicio entonces de rellenar, y no el tema en sí mismo, es el que puede lograr la significación política mencionada. Se podría decir, exagerando que es posible abrir cualquier tema y como un payador pampeano construir las estrofas que le den un sentido. Estas pueden ser correctas en términos formales, poseer la métrica y la rima requeridas, pero decir poco. La apuesta es que digan algo.

El grupo de redacción de la revista se propuso remedar, de alguna manera extravagante y con otras herramientas, a aquellos viejos payadores que desde fines del siglo XIX y en las tres primeras décadas del siglo, tuvieron una presencia importante sobre todo en Buenos Aires, el sur de Santa Fe y la Banda Oriental. Los payadores, además de las competencias entre pares, cuando actuaban solos, pedían a su público un tema y a partir de ese tema improvisaban. La improvisación en el caso de la revista suponía el desafío de otorgarle significación político-cultural a la composición resultante de esa entrada que debía ser amplia y escaparse, por lo menos en ese significante, de las convenciones de la agenda académica. El ejercicio consistió en tomar las estrofas que el poeta Homero Expósito escribiera en 1944 para el tango “Naranja en flor”, y se comenzó a construir a partir de algunos de sus versos. Se tomaron los siguientes: “...primero hay que saber su-

frir, después amar, después partir...” y así quedaron conformadas las entradas del presente y de los dos próximos números: sufrir, amar, partir.

El sufrimiento social puede dar lugar a composiciones sensaciona- listas, sobre todo porque en la curiosidad que guía el descubrimiento de otros, sobreimpresa a la buena voluntad humanista, hay algo que puede resultar en objetos analíticos inficionados por elementos pater- nalistas sofisticados. El mismo significante posee una carga moral que sin esfuerzo permite remitir a miradas ideológicas compasivas con el dolor ajeno. Es por esto que en la composición de este número se pen- só en formas históricas diversas de organización política que producen opresión y entonces en el análisis de esas formas, pero sobre todo, de sus consecuencias, de cómo los grupos realizan distintas acciones: se organizan, claudican, resisten, sobreviven, naturalizan su condición.

En un número de estas características se podían atender muchas situaciones, pero, de algún modo u otro, debía abordarse lo que fue una herida brutal en el rostro joven de América Latina y que en una recopilación de artículos del libertario Rafael Barret, la editorial *La protesta*, llamó “El dolor paraguayo”. No se podían dejar de lado tam- poco las consecuencias que produjeron los terrorismos de Estado que asolaron esta América Latina en la década de 1970 y comienzos de la de 1980. Las acciones particularmente genocidas sostenidas de muchas maneras por organismos del estado norteamericano contra el heroico pueblo guatemalteco. La racionalidad de lo que se calificaba como una nueva guerra en la que la inteligencia y el elemento psicológico desem- peñaban un papel central, resultaba en el uso cotidiano de la tortura y en un intento desmesurado de erradicar la historia, anulando, por ejemplo, la identidad de la herencia familiar de los combatientes revo- lucionarios. Los hijos de los militantes con identidades cambiadas por el accionar de la represión, se convierten quizás en una de las singula- ridades nefastas que dejan esas experiencias y a la vez también en prue- ba de las inmensas posibilidades de resurgimiento y recomposición de la voluntad humana.

Los cambios radicales que produjeron en la estructura social ar- gentina las políticas neoliberales implementadas con firmeza salvaje en la década de 1990 y la hegemonía cultural resultante que deterio- ró al extremo las instituciones republicanas, generaron situaciones en las que las clases subordinadas perdieron capacidad política para afrontar nuevas o viejas opresiones magnificadas. El medio ambiente como una variable de opresión sin ambigüedades de la condición hu- mana; los cambios en los usos de la violencia de los sectores más su- bordinados de las clases subalternas que suponen resquebrajamiento de identidades grupales (y entonces un territorio propio ahora con-

vertido en peligroso) en el que se crean condiciones para un estado de guerra de todos contra todos; la anomia cotidiana provocada por surrealistas políticas en relación a la moneda. Todas estas cuestiones, y algunas otras, pudieron ser recorridas a partir de que se abrió la puerta, elegida más o menos arbitrariamente, del sufrimiento. Y quizás esta composición quedaría agujereada si no hubiésemos encontrado la manera de entrar a una cuestión que debería formar parte central en las preocupaciones de las diferentes tradiciones políticas herederas de la modernidad: y ella tiene que ver con el abortado derecho a la independencia, las diversas formas de afrontar un contexto de marcada injusticia, las maneras múltiples de resistencia, en fin, del castigado pueblo palestino.